

GUILLERMO LAÍN CORONA, *Proyecciones de Gabriel Miró en la narrativa española de postguerra*, Londres, Tamesis Books, 2014, 232 págs.

Es un lugar común en la historiografía literaria del siglo XX alabar a Gabriel Miró por su estilo preciosista y su prosa impregnada de lirismo, que lo han convertido en el ejemplo por antonomasia de uso magistral y acendrado del lenguaje. Tal reconocimiento de su calidad literaria, paradójicamente, no se traduce en una atención crítica equivalente: en el paisaje historiográfico Miró parece situarse siempre en un discreto segundo plano, como un escritor de estilo sumamente personal y centrado en su particular universo literario. Sin embargo, la crítica mironiana ha subrayado la posición crucial del autor en el panorama de la Edad de Plata; si académicos como Carme Riera o Miguel Ángel Lozano Blanco han insistido en la rica y original síntesis de elementos propios de la literatura finisecular que Miró desarrolla en su obra, otros críticos, como Díez de Revenga o el propio Laín Corona han señalado su impacto en escritores más jóvenes, sobre todo en el grupo del 27, así como su relevancia en la renovación de los patrones narrativos siguiendo la estela del *Modernism* anglosajón.

La presente monografía se inscribe en esta línea de trabajo —ya iniciada en el anterior volumen de Laín Corona, *Proyecciones de Gabriel Miró en la narrativa del 27* (Peter Lang, 2013)— con el propósito no solo de iluminar las huellas de Miró en otros escritores sino también de liberar al autor del “negativo marbete de estilista” (189) que actúa como un corsé crítico que oculta las excelentes cualidades de Miró como narrador. Ello, unido a razones políticas, como la espinosa heterodoxia religiosa a la que se asocia al autor desde los años 20, explica, en opinión de Laín Corona el olvido que ha padecido Miró.

Desde este objetivo doble, el autor recurre al término proyección para sortear hábilmente dos conceptos que no se ajustan a su propósito: la intertextualidad, que parece resultarle poco adecuada para “desarrollar un estudio literario de rigor científico” (22) y la influencia, que sin duda no bastaría para justificar la inclusión de determinados autores en el conjunto analizado, puesto que este incluye escritores cuya deuda con Miró es notoria y confesa (Adolfo Lizón o Francisco Umbral) y escritores cuyos vínculos demostrables con Miró

son mucho más tenues cuando no anecdóticos (Camilo José Cela). Afortunadamente, Laín Corona no desecha los casos en los que la referencia directa es exigua y su análisis establece con solidez vínculos entre los textos que enriquecen tanto la lectura de Miró como la de los autores estudiados.

La monografía se abre con un capítulo dedicado a la minuciosa revisión de la obra de Pedro de Lorenzo (1917-2000), en quien la huella mironiana está mediada por la lectura desarrollada por los autores del 27 y, por tanto, muy marcada por la admiración hacia los aspectos estilísticos. Sin embargo, además de los rasgos de estilo comunes que se desgranán en el análisis —narrativa metafórica, cascadas asindéticas de elementos, abundancia de diminutivos, etc.—, la atenta lectura de Laín Corona revela otros puntos de convergencia, como la refundición y aplicación narrativa de temas concretos, por ejemplo, el tratamiento de la vida de Cristo de *Figuras de la Pasión de Nuestro Señor* (1916-17) en *Letra para un pasionario* (1976) y el uso de procedimientos comunes, como la elipsis o la contemplación, mediante los que desarticula la trama característica de las narrativas realistas.

El siguiente capítulo rastrea la narrativa de postguerra, un espacio que pudiera parecer inhóspito y terreno poco abonado para seguir las huellas mironianas; sin embargo, Laín Corona, en lo que a mi entender es uno de los grandes hallazgos de este libro, muestra de manera convincente cómo Miró se proyecta en distintos autores del período a través del característico tema de la falta de amor que se analiza en las obras de Adolfo Lizón (1919-2011), Antonio Zoido (1913-2000) y Camilo José Cela (1916-2002). Sin menoscabar un ápice los análisis de los primeros autores mencionados, que incluyen una fina mirada al tema de la lepra en Lizón o la actualización de la falta de amor en el contexto literario de la Guerra Civil en el caso de Zoido, es la aproximación a Cela la que resulta, a mi juicio, más sugerente. Nada más antitético, en principio, que la atronadora imagen pública de Cela y el aire casi angelical que se asocia a Miró; ni los rasgos tremendistas primero frente al carácter melifluo y balsámico que se atribuye al segundo. Sin embargo, Laín Corona despliega una convincente lectura que ilumina las convergencias entre ambos: la expresión de la falta de amor en la crueldad hacia los animales y el contraste entre el dolor y el sufrimiento, por un lado, y la ternura y la compasión, por otro, temas tan típicos de Miró, aparecen de manera cristalina, gracias a la afinada exposición del autor, en *La familia de*

Pascual Duarte (1942) y *Pabellón de reposo* (1943). El mérito de trazar con mano firme la relación entre los universos textuales de Miró y Cela resulta aún mayor si consideramos que pese a los esfuerzos de Laín Corona por documentarla, se ve obligado a reconocer que Cela “guardó un silencio casi absoluto en torno a Gabriel Miró” (79) y que parecen concurrir en él los “dos olvidos” de Miró: el literario y el político. Más allá de las exiguas referencias cruzadas que Laín Corona detecta, es su solvente argumentación lo que demuestra, en efecto, el enriquecedor vínculo entre los textos.

Caso parecido es el de Antonio Prieto (1930-), al análisis de cuya obra se dedica el capítulo siguiente. Si bien se reconoce que no hay en la narrativa prietista ninguna referencia directa a Gabriel Miró y su obra, Laín Corona demuestra que el concepto de memoria viva, esto es “el recuerdo y la recuperación del recuerdo a través de la palabra” (105), que Prieto desarrolla como crítico vinculándolo a Miró, nutre también su narrativa y se engarza con su central teoría de la fusión mítica. Se trata por tanto de una relación intertextual más compleja que las anteriores, en tanto que se sitúa no ya en el plano del estilo o la temática, sino en el plano teórico y donde el nexo de unión es la concepción del lenguaje literario y la literatura misma, ámbito en el que Miró también ha hecho magníficas y menos conocidas contribuciones, por lo que incluir este aspecto en la monografía es motivo de celebración.

El último análisis en profundidad se dedica, como no podía ser de otro modo, a Francisco Umbral (1932-2007), cuya admiración por Miró es pública y notoria, tal y como lo demuestran las numerosas menciones que se desgranán en el capítulo. Los ecos de esta admiración en la obra de Umbral son igualmente nutridos, aunque Laín Corona subraya el tratamiento común de la infancia y aprendizaje a partir de las mironianas *Niño y grande* (1922) y *El humo dormido* (1919), lo que le permite abordar la ficcionalización del yo como elemento crucial en ambos autores. Más breves pero igualmente interesantes son los apuntes sobre temas y motivos concretos, como la ciudad levítica o la contemplación de la mujer a la luz de la luna.

La monografía se cierra con un capítulo que, muy generosamente, ofrece algunas pistas sobre la presencia de Miró en las obras de otros autores, entre ellos, Benjamín Jarnés, Juan Chabás o Carmen Conde. Más allá de referencias concretas, Laín Corona apunta algunos grandes ámbitos por explorar: en primer lugar, la presencia de huellas mironianas en las escritoras, siguiendo la apreciación de

Roberta Johnson, quien remarca la excepcionalidad de los personajes femeninos mironianos —que no solo resisten las rígidas normas sociales sino que mantienen intacta su integridad y su capacidad de amar, como sería el caso de Paulina o Purita en las novelas de Oleza— y sugiere la especial atracción que podría tener este enfoque para las escritoras. La propia Johnson aborda la huella mironiana en Concha Espina y Rosa Chacel, y Eugenio de Nora hace lo propio con Ana María Matute; Laín Corona añade a esta nómina, de forma tentativa, a Carmen Laforet y con mucha mayor convicción a Carme Riera, cuya obra, sin duda, incluye guiños a un autor que admira y conoce a la perfección. La pertinencia de Riera, que utiliza el catalán como lengua de creación literaria, en un análisis sobre las proyecciones de Miró lleva a la segunda sugerencia: el rastro de Miró en la literatura catalana; Laín Corona menciona únicamente el caso de Miquel Llor, pero es conocido el contacto y admiración mutuos con escritores como Joan Maragall, Eugeni D’Ors, Alexandre Plana o Josep Carner, con los que entró en contacto los años en que residió en Barcelona (1914-1920), relaciones que se estudian en el reciente *De Cataluña y España. Relaciones culturales y literarias (1868-1960)*, de Adolfo Sotelo Vázquez. Un tercer ámbito destacable entre las sugerencias que cierran el libro es el del teatro, que apenas se esboza con dos referencias —Federico García Lorca y Antonio Buero Vallejo— llenas de sentido y que esperamos se analicen con mayor detenimiento en futuros trabajos del autor.

En definitiva, *Proyecciones de Gabriel Miró en la narrativa española de postguerra* constituye una contribución de primer orden a la crítica mironiana y su empeño de rescatar a Miró de los encasillamientos que oscurecen su relevancia en el panorama literario de la Edad de Plata. Pero es también una aportación igualmente destacable más allá de la esfera mironiana, pues los rigurosos análisis comparativos que componen el libro supondrán, sin duda, material muy inspirador para los estudiosos de la narrativa española del siglo XX.

ISABEL CLÚA
Universitat de València